

nor de este nuestro pueblo en que viste la luz primera y á quien has servido de madre. Cuando en el trascurso de algunos años, los retoños de ese árbol que su generosidad salvó de inminente ruina hayan á su vez producido otras plantas y multiplicádose en el fértil terreno del Nuevo Mundo; cuando los jóvenes que merced á ella pudieron beber hasta saciarse el agua purísima de la ciencia y de la virtud, comuniquen á su vez á sus compatriotas lo que ellos gratuitamente recibieron, ¡qué coro de levitas, y sacerdotes, y pontífices podrá unirse á nuestra débil voz, y exclamar con nosotros al recordar sus beneficios: *tu gloria Ferusalem, tu letitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*<sup>1</sup>

Ya desde ahora resuenan en su alabanza, aunque entrecortados por profundos sollozos, los cánticos de gracias de las vírgenes del Señor. ¿Sabéis, cristianos, lo que es una virgen consagrada á Dios desde sus tiernos años, mirada con los ojos de la fé, de la religión, de la naturaleza? El corazón os lo dice, el corazón os lo dice y no haré más que apelar á vuestros sentimientos. ¿No recuerdas, ¡oh madre de familia! cuando tu hijo se hallaba separado de tí por inmensa distancia, expuesto á los peligros de la guerra, del hambre, de la seducción, no recuerdas el consuelo que entonces inundaba tu alma al escuchar á media noche la esquila del vecino monasterio, que te decía con voz melodiosa: “no temas ¡oh madre! si otras velan y lo buscan para su ruina, nosotras velamos para su salvación y rogamos por él?” ¿No recuerdas ¡oh joven! cuando postrado sobre el lecho del dolor, ó cuando luchando cuerpo á cuerpo con las en-

<sup>1</sup> Judith XV.

crespadas olas del mar tempestuoso, tras larga noche de angustia veías despuntar los primeros rayos de la suspirada aurora, no recuerdas cuál se calmaban tus penas al retratarse en tu memoria las murallas del convento contiguo á la casa de tus padres, y exclamabas suspirando: “ya están las castas vírgenes al pié del altar: ¡oh! no hay que temer; ellas ruegan por mí!”

Cuántas veces al recorrer las crestas de las montañas que coronan nuestra ciudad, ha podido exclamar el cristiano observador mirando á nuestros suntuosos edificios: ¿Por qué entre tantos templos y palacios fabricados á gran costo y con incalculable trabajo sobre la viva peña, no se divisan los muros de algún monasterio de religiosas? ¿Por qué esta ciudad tan piadosa no ha construido un asilo para sus vírgenes, un lugar de retiro para sus viudas? . . . . ¡Señores! Ha llegado el tiempo en que hemos podido repetir, aunque en diverso sentido, las palabras de Isaías:<sup>1</sup> *Lauda, sterilis quæ non parit.* Regocíjate, ¡oh ciudad de nuestro nacimiento! regocíjate en tu esterilidad; da gracias al cielo porque no ha permitido que abrigues en tu seno á las castas esposas del Cordero sin mancha, y así te ha ahorrado el dolor de verlas arrancadas á viva fuerza de la sagrada mansión que debía ser el lugar de su descanso sobre la tierra. Quien no lo ha presenciado no puede imaginarse esa escena terrible de llanto, de duelo, de profunda desolación. ¡Vírgenes del Señor! Dos veces os han visto ya las ciudades de mi patria abandonar llorosas vuestro nido sagrado, cual palomas perseguidas por implacable halcón; ni el dolor de la viuda que acaba de ver á su esposo traspasado por

<sup>1</sup> Isai. LIV.

puñales asesinos, ni la pena de la madre á quien arrebatan sus hijos, pudo igualar la que desgarró vuestro corazón en tan aciagos momentos. Vosotras perdíais á la vez á vuestro Esposo, á vuestras hermanas, vuestro asilo, vuestras esperanzas, vuestro reposo; muchas ¡ay! aun el pan cotidiano, y os veíais lanzadas en el mar desconocido del mundo á la merced del que os quisiera tender la mano en medio de las olas que os cercaban. ¡Vírgenes del Señor, decidlo vosotras! ¿Llamasteis alguna vez en balde á la puerta de la matrona cuya muerte lloramos? ¿Clamasteis alguna vez cerca de ella sin ser socorridas? ¿No previno vuestras necesidades? ¿No os brindó con asilo seguro? ¿No lloró con vosotras y os consoló cual tierna madre por vuestras irreparables pérdidas?

¡Ah Señores! La Providencia sin duda reservó á la Señora Pérez Gálvez hasta esos días amargos, para ser uno de sus más benéficos instrumentos. Ella los presintió, ella los vió venir, ella pudo haberlos evitado, con oportuna fuga; pero aunque rogada mil y mil veces, rehusó constantemente abandonarnos en la hora de la tempestad. Nada valían para ella las riquezas que la rodeaban: su sencillo traje y modestos atavíos nos recordaban los de Paula y Marcela que nos describe San Jerónimo, y no había á su lado otras señales de su grandeza, sino las numerosas huérfanas que la acompañaban á su frugal mesa, y que eran tratadas como hijas. Manos inícuas desmembraron de sus tierras vastos y fértiles campos, suficientes por sí solos á constituir una rica herencia. Con la mayor sangre fría presenció esta segregación, exclamando resignada, cual Job:<sup>1</sup> “El Señor me lo dió; el

<sup>1</sup> Job 1.

Señor me lo quitó: sea siempre bendito su santo nombre; no por eso arderán menos antorchas en sus altares, ni resonarán menos himnos bajo las bóvedas de sus templos.”

Y lo cumplió, Señores: este santuario puede dar testimonio de su largueza, y testigos de su infatigable zelo y nunca desmentida piedad son en la Capital de la República las iglesias de Santa Clara y de los Ángeles, la Basílica de Guadalupe, el Oratorio de las Hijas de la Caridad, y esa hermosa capilla de que hoy no quedan ni rastros, y que, consagrada en un tiempo al Espíritu Santo, experimentó quizá cual ninguna su piadosa munificencia.

Ya no me preguntéis, Señores, cuáles fueron sus buenas obras: interrogadme más bien adónde no alcanzaron sus limosnas, adónde no llegaron sus generosas dádivas. Bien pudo decir como Job<sup>1</sup> sin temor de que una sola voz osara desmentirla: “La compasión ha crecido conmigo desde mi infancia, y salió conmigo del seno de mi madre. Si he comido sola mi pan y el huérfano no lo partió conmigo; si he negado á los pobres lo que querían, y si he hecho esperar en balde á la viuda; si me he descuidado de socorrer al desnudo y no lo he calentado con los vellones de mis ovejas, séquese mi inútil mano y pierda el movimiento mi brazo. Si he creído que en el oro consistía mi poder y he puesto mi alegría en mis riquezas; si me he complacido en la ruina del que me aborrecía ó me ha intimidado la gran multitud de los malvados, estorbándome de obrar bien y hacer justicia; si mi tierra clama contra mí y sus sulcos se lamentan con ella, názcanme abrojos en vez de trigo y espinas en lugar de cebada.”

<sup>1</sup> Job XXXI.

No es dado al hombre penetrar en el santuario de la conciencia, ni investigar los arcanos decretos del Dios de justicia. Pero si recordamos que la ilustre difunta, particularmente en sus últimos años, no pensaba más que en la muerte y recordaba á cuantos la veían que el sepulcro era ya su único porvenir; si abrimos en seguida las sagradas páginas y leemos que el pensamiento constante de la muerte es la garantía más segura contra el pecado;<sup>1</sup> si repasamos las palabras de Daniel con que, en nombre del cielo, exhorta á Nabucodonosor á redimir con limosnas sus enormes pecados,<sup>2</sup> y escuchamos á Tobías declararnos que la caridad liberta de toda culpa,<sup>3</sup> no podremos menos que exclamar, cual San Jerónimo escribía de Paula y de Pamaquio:<sup>4</sup> El camello ha pasado por el ojo de la aguja; la rica señora que acaba de terminar su viaje terreno, ha pasado por el camino estrecho que conduce á la vida, ha rescatado su alma con sus propias riquezas.<sup>5</sup>

Ya voló al cielo esa alma bendita; ya voló á recibir el premio de sus virtudes después de setenta y cinco años de prueba. Pero ¿no habrá sido detenida en su ardua carrera? Al mirarse en el límpido espejo de la eterna justicia ¿no habrá descubierto alguna mancha, siquier ligera, en su vestido nupcial, que la haya hecho avergonzarse de entrar sin lavarla en las bodas del Cordero immaculado? ¡Ah, cristianos! Ni la luna, ni las estrellas, ni aun los cielos mismos están limpios en la presencia de

1 Eccli. VII.

2 Dan. IV.

3 Tob. IV.

4 In Isaiam Proph. l. XVII, c. 60.

5 Prov. XIII.

Dios,<sup>1</sup> y hay justos que para ser salvos tienen que pasar por el fuego purificador.<sup>2</sup> Oremos, oremos por ella: grande es la deuda que tenemos que pagar. Mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel; justo es que después de su muerte la muchedumbre del pueblo por ella protegido acuda en tropel á los templos del Dios vivo, á limar con oraciones, y lágrimas, y ruegos, las cadenas que quizás le impiden todavía entrar á la plena posesión de su Creador. Depongamos sobre su tumba, os diré con San Efrén, no coronas de siemprevivas ni guirnaldas de ciprés; no adelfas ni deshojadas flores; ofrezcámosle, sí, las violetas de nuestras plegarias, las rosas del incruento sacrificio, las amapolas de nuestro fúnebre llanto.

¿Y no tendrá consuelo nuestra amargura? ¿Percieron ¡oh pobres de Cristo! percieron vuestras esperanzas al emigrar de este mundo vuestra generosa bienhechora? ¿No tendréis ya quien acometa empresas arriesgadas sólo por suministraros pan y trabajo? ¿No hallarán ya abierta la vejez, la orfandad, la miseria, esa puerta que jamás se cerró para ellos durante su vida?

¡Oh, no lo temáis! *Charitas nunquam excidit*:<sup>3</sup> la caridad cristiana no es como esas naves que sulcan los mares sin dejar en pos de sí la menor huella. La vida del justo, es cierto, semeja á la flor del campo,<sup>4</sup> que se abre al despuntar la aurora y se marchita antes que el sol haya declinado; pero el suave olor que ha esparcido per-

1 Job XV & XXV.

2 1 Cor. III.

3 1 Cor. XIII.

4 Ps. CII.

severa aún después de caídas sus hojas, y su preciosa semilla produce otras flores que vienen á sucederla. Las hazañas de Judit hicieron que no sólo durante su vida, sino aun muchos años después,<sup>1</sup> no hubiera quien turbara á Israel: otro tanto harán en el Israel de la Ley de Gracia las virtudes de nuestra ilustre conciudadana.

No creáis que la sorprendiera la muerte, cuando hacía tiempo que la veía venir sin espanto desde la atalaya de la vigilancia cristiana. Rápida fué la dolencia que cortó el hilo de sus días: caer postrada en el lecho del dolor; purificar su alma y alimentarla con el Pan de los fuertes; recibir la unción sagrada y las postreras bendiciones de la Iglesia, y volar al seno del Creador; todo fué un acto no interrumpido. A quien está preparado para el tremendo trance; á quien aguarda el Esposo con la lámpara siempre encendida, se complace el Dios de las bondades en ahorrar las angustias de una larga agonía. Así acaeció con la Señora Pérez Gálvez; todo lo tenía dispuesto para su final partida, y tiempo había que se hallaba escrita con caracteres indelebles su última voluntad; monumento en verdad más duradero que el bronce, que sobrevivirá á la ruina del mundo y brillará por toda la eternidad. En virtud de ella presto veréis coronar la cima de nuestros argentíferos montes dos nuevos edificios, construidos con la plata que de ellos extrae la infatigable constancia del minero: en el uno irán á recobrar la salud los operarios enfermos; en el otro hallarán un asilo seguro los ancianos desvalidos y los huérfanos menesterosos. Los que se sentaban á su mesa y se albergaban bajo su techo llorarán, sí, la falta irreparable

<sup>1</sup> Judith XVI, 50.

de la que era para ellos su bienhechora, su madre, su todo; pero el espectro descarnado de la miseria no pisará el umbral de su morada: gran parte de las riquezas de la generosa difunta está consagrada á asegurarles á todos rentas vitalicias. En fin, Señores, no crece el árbol en un día ni se produce la espiga sin que el grano de trigo haya sido sepultado<sup>1</sup> en la tierra: ya veréis, si el Señor os prolonga la vida, el árbol frondoso de cristiana beneficencia que hará sombra al nuevo sepulcro.

¡Ricos de la tierra! Aprended de la Señora Doña Francisca de Paula Pérez Gálvez á hacer de vuestros tesoros el uso para que el Señor se ha dignado prestároslos. Aprended á colocarlos con tiempo en ese lugar seguro adonde el ladrón no puede acercarse, ni se ceba la oruga destructora.<sup>2</sup> Recordad que el Señor es el padre de los huérfanos y el protector de las viudas,<sup>3</sup> y que si os servís de las riquezas para oprimir al desvalido y fomentar el vicio, Él os las arrebatará de las manos y las restituirá á los pobres á quienes pertenecen. ¡Pobres de Cristo! Ante esa tumba yace despedazada la irrisoria estatua de esa mentida igualdad que os predicán envidiosos impostores. ¿Qué sería de vosotros, plantas tiernecillas, qué sería de vosotros si no tuviéseis la fuerte muralla del poderoso que os abrigue del vendaval? No miréis de reojo al que posee más que vosotros; antes bien recordad que el rico y el pobre se encontrarán y se necesitarán mutuamente, porque á entrambos los ha creado el Señor.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Joan. XII.

<sup>2</sup> Luc. XII.

<sup>3</sup> Ps. LXVII.

<sup>4</sup> Prov. XXII.

¡Tiernas doncellas, que suspiráis por brillar en la sociedad y os regocijáis en vuestras prendas! ¡Ah! No olvidéis que es falaz vuestra gracia, y que la hermosura terrenal es vana y pasajera; si queréis ser alabadas y bendecidas, sed piadosas y timoratas como lo fué nuestra conciudadana, y haréis resonar el mundo con vuestros loores, porque la mujer que teme al Señor es quien será alabada.<sup>1</sup> ¡Herederos de la influencia y riquezas de la opulenta casa de Pérez Gálvez! Recordad las tremendas obligaciones que os impone vuestra nueva grandeza; respetad los últimos deseos de la que al legaros sus bienes, ha querido también legaros sus virtudes; interpretad con fidelidad sus generosas intenciones; haced que en verdad pueda decirse de la ilustre matrona, á quien tanto debemos todos, y en especial vosotros: mientras ella vivió y muchos años después de su muerte, no hubo quien turbara á Israel.

<sup>1</sup> Prov. XXXI.



## SERMÓN DE EPIFANÍA

PREDICADO EN ROMA EL DÍA 12 DE ENERO DE 1864, DURANTE EL SOLEMNE  
OCTAVARIO QUE HACE LA PÍA SOCIEDAD DE LAS MISIONES,  
EN LA IGLESIA DE SAN ANDRÉS DEL VALLE.